



TEMA ESPECIAL III. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Al inicio del Año litúrgico, en el tiempo de Adviento, la celebración de la Inmaculada nos permite entrar con María en la celebración de los Misterios de la Vida de Cristo, recordándonos la **poderosa intercesión de Nuestra Madre para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo en nuestra propia alma**, como pidiera ya en el siglo VII San Ildefonso de Toledo en una oración de gran hondura interior:

«Te pido, oh Virgen Santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu, por el que tú has engendrado a Jesús. Reciba mi alma a Jesús por obra del Espíritu, por el cual tu carne ha concebido al mismo Jesús (...). Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu, en el cual tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo».

La Iglesia Católica confiesa que la Virgen María es la única persona humana concebida sin pecado original. Ella es, como dice el ángel Gabriel, «la **Llena-de-gracia**».

La fiesta de la Inmaculada nos da la oportunidad de dedicar a la Virgen Santísima este tema de la Escuela de oración. **El valor de la Virgen en la vida espiritual de cada cristiano es determinante**, porque la Virgen tiene un papel esencial en el plan salvífico de Dios. Su Santidad de vida (ejemplo sin igual), la misión única que el Señor le encomendó (maternidad divina), y los poderes que el Señor le ha dado en el orden de la gracia (medianera, reina y madre nuestra) son de una total trascendencia para nuestra santidad.



*ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por ese motivo la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de **Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora**.*

Es san Juan Pablo II quien, desde su experiencia personal, pero recogiendo también toda la tradición bimilenaria de la Iglesia, especialmente en sus santos, nos propone la ayuda única e incomparable de la Virgen María para podernos adentrar con verdadero acierto y eficacia en los montañas de la meditación y de la contemplación de Cristo. **Ella como nadie le contempló**

y amó. Por eso es Maestra incomparable. El Papa lo dice bellísimamente:

«**La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable.** El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo “envolvió en pañales y le acostó en un pesebre” (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se

apartará jamás de Él. Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?” (Lc 2, 48); será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná; otras veces será una mirada dolorida, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la ‘parturienta’, ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella; en la mañana de Pascua será una mirada radiante por la alegría de la resurrección y, por fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés».

LA IMPORTANCIA DE LA MADRE EN LA VIDA

La madre tiene una función insustituible en la crianza del niño, y no tanto desde el punto de vista de sus necesidades corporales (en lo que podría ser sustituida) sino desde un punto de vista afectivo y comunicativo. El niño necesita en sus primeros años, más que de la leche nutricia, de ternura, de cariño, de atención amorosa...

Existe, además, un gran paralelismo entre la vida natural de un ser humano y su vida sobrenatural. En el orden de la vida sobrenatural somos perpetuamente niños, indigentes, necesitados de ayuda. No podemos nada por nosotros mismos; somos necesitados, más que los niños en la vida natural, de comunicación, de afecto, de sentirnos amados y de poder manifestar nuestra alegría y felicidad a la persona que nos ha demostrado y nos sigue demostrando amor y ternura.

Pues bien, en María, Dios nos ha dado una Madre a nosotros, eternos infantes en el espíritu, para que, como niños necesitados en todo, le pidamos y encontremos en Ella cuanto necesitamos. Dice el Concilio:

«Con su múltiple intercesión [María], continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinos se hallan en peligros y

Por eso los santos lo aconsejan con fuerza. San Luis Griñón de Montfort decía que con la Virgen se hacen más avances en la vida espiritual en pocos meses que en muchos años sin Ella. Y recomendaba: «**Es menester hacer todas las cosas en María, es decir, hay que acostumbrarse poco a poco a recogerse dentro de sí mismo para formar allí una pequeña idea o imagen espiritual de la Santísima Virgen, que será para el alma el Oratorio en que hará todas sus oraciones a Dios...**, la Torre de David en que se refugiará contra sus enemigos, la Lámpara encendida con que iluminará todo su interior y arderá del amor divino, la Custodia sagrada en que verá a Dios en Ella y con Ella. Finalmente, María será para esta alma su único Todo junto a Dios y su recurso

universal. Si reza, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada Comunión, lo pondrá en María para que en Ella ponga sus complacencias; si obra, será en María; y en todo y en todas partes realizará actos de renuncia a sí misma» (El secreto de María).

UNA MADRE MUY ESPECIAL: MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA INMACULADA

El dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado el 8 de diciembre de 1854 por el Papa Pío IX, confiesa: «...la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano». Con la definición de este dogma culminó un largo proceso de reflexión eclesial, bajo el impulso del Espíritu Santo, sobre la figura de la Virgen María, que permitió conocer, de modo más profundo, **las inmensas riquezas** con las que fue adornada para que pudiera ser digna Madre del Hijo eterno de Dios.

En España la devoción a la Inmaculada ha configurado nuestra existencia cristiana:

Si España es “**tierra de María**”, lo es en gran medida por su devoción a la Inmaculada.

¿Cómo no recordar en este punto el extraordinario patrimonio literario, artístico y cultural que la fe en el Dogma de la Inmaculada ha producido en nuestra patria? A la protección de la Inmaculada se han acogido desde época inmemorial Órdenes religiosas y militares, Cofradías y Hermandades, Institutos de Vida Consagrada y de Apostolado Seglar, Asociaciones civiles, Instituciones académicas y Seminarios para formación sacerdotal.

Numerosos pueblos hicieron y renovaron repetidas veces el voto de defender la Concepción Inmaculada de María. Propio de nuestras Universidades era el juramento que, desde el siglo XVI, profesores y alumnos hacían en favor de la doctrina de la Inmaculada. Como propio también de nuestra tradición cristiana es el saludo plurisecular del “**Ave María Purísima...**”

Siguiendo una antiquísima tradición el nombre de la Inmaculada Concepción ha ido acompañando generación tras generación a los miembros de nuestras familias. A cantar sus alabanzas se han consagrado nuestros mejores músicos, poetas y dramaturgos. Y a plasmar en pintura y escultura las verdades de la fe contenidas en este dogma mariano se han entregado nuestros mejores pintores y escultores.

En la Concepción Inmaculada de la Virgen podemos destacar tres aspectos de la grandeza de nuestra Madre:

1. **La Virgen está totalmente vinculada al misterio de su Hijo y de la Iglesia. Colaboradora totalmente singular**

Elegida para ser la Madre del Salvador, María ha sido “*dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante*” (LG 56). En el momento de la Anunciación, el ángel Gabriel la saluda como *llena de gracia* (Lc 1, 28) y ella responde: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). Para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación era preciso que ella estuviese totalmente conducida por la gracia de Dios (CIC 490). Preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción, María es la «**digna morada**» escogida por el Señor para ser la Madre de Dios.

Abrazando la voluntad salvadora de Dios con toda su vida, María «*colaboró de manera totalmente singular a la obra del*

Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61). Madre de Dios y Madre nuestra, María ha sido **asociada para siempre a la obra de la redención**, de modo que «*continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna*» (LG62). En Ella la Iglesia ha llegado ya a la perfección, sin mancha ni arruga, por eso acude a Ella como “**modelo perenne**” (San Juan pablo II), en quien se realiza ya la esperanza escatológica.

2. **María Inmaculada, la perfecta redimida. La Toda santa**

La santidad del todo singular con la que María ha sido enriquecida le viene toda entera de Cristo: “*redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo*” (LG 53), ha sido bendecida por el Padre más que ninguna otra persona creada y ha sido elegida *antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor* (Ef 1, 4).

Confesar que María, Nuestra Madre, es “**la Toda Santa**” implica acoger con todas sus consecuencias el compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «*Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor*» (LG40). El amor filial a la “*Llena de gracia*” nos impulsa a «*trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria*», respetando «*un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia*» (San Juan pablo II).

3. **María Inmaculada nos recuerda la lucha de la vida. Nos asegura la victoria sobre el pecado**

María Inmaculada está situada en el centro mismo de aquella “*enemistad*” (cf. Gn 3, 15; Ap 12, 1) que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. «*Por su pecado, Adán, en cuanto primer hombre, perdió la santidad y la justicia originales que había recibido de Dios no solamente para él, sino para todos los seres humanos*» (CIC 416).

Sabemos por la Revelación que el pecado personal de nuestros primeros padres ha afectado a toda la naturaleza humana: todo hombre, en efecto, está afectado en su naturaleza humana por el pecado original.

El pecado original, que consiste en la privación de la santidad y la justicia que Dios había otorgado al hombre en el origen, «*es llamado “pecado” de manera análoga: es un pecado “contraído”, “no cometido”, un estado y no un acto*» (C 404). Y aun cuando «*la transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente*», comprobamos cómo «*lo que la Revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia, pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males*».

La Purísima Concepción -tal como llamamos con fe sencilla y certera a la bienaventurada Virgen María-, al haber sido preservada inmune de toda mancha de pecado original, permanece ante Dios, y también ante la humanidad entera, como el **signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios**. Esta elección es más fuerte que toda la fuerza del mal y del pecado que ha marcado la historia del hombre. Una historia en la que María es “**señal de esperanza segura**”.

En María contemplamos la **belleza de una vida sin mancha** entregada al Señor. En Ella resplandece la santidad de la Iglesia que Dios quiere para todos sus hijos. En Ella recuperamos el ánimo cuando la fealdad del pecado nos introduce en la tristeza de una vida que se proyecta al margen de Dios. En Ella reconocemos que es Dios quien nos salva, inspirando, sosteniendo y acompañando nuestras buenas obras. En Ella encuentra el niño la protección materna que le acompaña y guía para crecer como su Hijo, en sabiduría, en

estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52). En Ella encuentra el joven el modelo de una pureza que abre al amor verdadero. En Ella encuentran los esposos refugio y modelo para hacer de su unión una comunidad de vida y amor. En Ella encuentran las vírgenes y los consagrados la señal cierta del ciento por uno prometido ya en esta vida a todo el que se entrega con corazón indiviso al Señor (Mc 10, 30). En Ella encuentra todo cristiano y toda persona de buena voluntad el signo luminoso de la esperanza. En particular, «desde que Dios la mirara con amor, María se ha vuelto signo de esperanza para la muchedumbre de los pobres, de los últimos de la tierra que han de ser los primeros en el Reino de Dios».

EL TESTIMONIO MARIANO DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

La evangelización y la transmisión de la fe en tierras de España han ido siempre unidas a un amor singular a la Virgen María. **No hay un rincón de la geografía española que no se encuentre coronado por una advocación de nuestra Madre.**

Así lo recordó Juan Pablo II en los comienzos mismos de su pontificado: «Desde los primeros siglos del cristianismo aparece en España el culto a la Virgen. Esta devoción mariana no ha decaído a lo largo de los siglos en España, que se reconoce como “tierra de María”». Y así lo ha venido reiterando desde su primer viaje apostólico a nuestra patria: «El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción».

El amor sincero a la Virgen María en España se ha traducido desde antiguo en una “**defensa intrépida**” y **del todo singular de la Concepción Inmaculada de María**; defensa que, sin duda, preparó la definición dogmática.



CONSAGRACIÓN A MARÍA INMACULADA

«La forma más genuina de devoción a la Virgen Santísima... es la **consagración a su Corazón Inmaculado**. De esta forma toma vida en el corazón una creciente comunión y familiaridad con la Virgen Santa, como nueva forma de vivir para Dios y de proseguir aquí en la tierra el amor de Hijo Jesús a su Madre María».

PUEDES REZAR AHORA CON ESTA MEDITACIÓN DEL P. Tomás Morales SJ

Llenos de emoción contemplarnos hoy a la Virgen Pura e Inmaculada. Una sonrisa de amor con reflejos de cielo y claridades de aurora, flota por encima de un mundo materializado. Su belleza nos deslumbra, su gracia nos cautiva. El misterio de la pureza y de la fecundidad abisman al contemplarla...

“Me llena de gozo el Señor...”

Sorprendidos y admirados nos preguntamos sus hijos: ¿Quién es esta “Mujer vestida del sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas?” (Ap 12,1). Entre nubes de luz escuchamos una voz que nos hace olvidar la tierra. Es Ella la que canta la antifona inicial de la Misa. “Me llena de gozo el Señor. Mi alma se alegra con mi Dios, porque me ha vestido un traje de triunfo. Me ha cubierto con túnica de victoria y me ha enjoyado como a una esposa” (Is 61,10).

Doble eslabón

En las festividades litúrgicas de la Virgen, el versículo inicial de la Misa es un grito alborozado de la Iglesia, que se regocija al contemplar a su Madre. Una alabanza a María tomada de la Biblia. Una excepción es el día de la Inmaculada.

Es la misma Virgen quien prorrumpe llena de fervor y entusiasmo alabando a Dios. Cantando Sus magnificencias. Nos presentan su alma en paráfrasis concisa y plástica. Revestida del Señor, derrota a la serpiente y se ofrece al Espíritu Santo como Esposa Inmaculada. Es el doble eslabón dogmático que engarza la fiesta. María es la Mujer del Génesis que aplasta la cabeza de Luzbel, y la Esposa de los Cantares que roba con su hermosura las miradas de Dios.

Símbolo de lucha, trofeo de victoria

Alegría en la batalla, esperanza en un triunfo cierto, es María para nosotros. Se dilatan los corazones... La Iglesia militante peregrina y crucificada, cada uno de nosotros, suspira en los ardores del combate por María. Sonreímos anhelantes esperando un cielo que la Inmaculada preludia con su deslumbrante pureza. ¡Madre querida! Arráncanos de la tierra, arrástranos al cielo... Tú, toda, sola, siempre de Dios, inúndanos de alegría. Derrama toneladas de pureza y generosidad en niñez y juventud, en el mundo entero.

Símbolo de lucha. Dios y Belial se enfrentan en ti. ¿Quién triunfará? El trofeo de victoria te corresponderá. “Toda hermosa eres, amada Mía, y no hay en ti mancha...” (Cant 4,7). Tú la triunfadora en mil batallas. Aplastas con tu planta soberana la cabeza del “enorme dragón rojo con siete cabezas, diez cuernos y siete diademas” (Ap 12,3). Derrotas a nuestro común enemigo. Ni por un momento se adueñó de ti, pues eres Inmaculada desde el primer instante. Tú, entre todos los mortales, disfrutas privilegio único. Las aguas encenagadas del primer pecado no te anegan en sus ondas.

Sí, toda hermosa eres, María, y no hay en ti mancha original. “Dios te salve, María, llena de gracia”. Un eco suavísimo resuena en el corazón al pronunciar este día las palabras del ángel: “Dios te salve, María. Llena de gracia...” (Lc 1,28). El misterio de la eterna calma y de la eterna virginidad. Pura, intacta, incontaminada. Tus hijos a una cantan tus glorias y se regocijan en la más grande e íntima de tus fiestas. “Dios te salve, María, llena de gracia... Toda hermosa eres, María, y no hay en ti mancha original”.

“Tú, gloria de Jerusalén, alegría de Israel...”

Símbolo de lucha, trofeo de victoria también para nosotros tus hijos. Tú combates en nosotros, tú triunfas de la materia, tú derrotas la carne, arruinas el mundo, desarmas a Lucifer. Hoy como ayer, sigues escribiendo en la tierra tu historia incomparable de Virgen la más pura, de Madre la más fecunda. Sigues triunfando del cuerpo y afirmando la primacía del espíritu en tus hijos. Pasan imperios, teorías, mundos enteros, pero tú quedas en pie.

Eres Madre de la Iglesia. Lo proclamó Pablo VI al clausurar la tercera etapa del Vaticano II en 21 de noviembre de 1964. “Para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, de todo el Pueblo de Dios, tanto de fieles como de pastores, que la llaman Madre amorosa. Queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título” (n. 10).

Salve, Madre Inmaculada... "El Señor, Dios Altísimo, te ha bendecido más que a todas las mujeres de la tierra" (Jdt 13,18). "Tú eres la gloria de Jerusalén", de la Iglesia. "Tú eres la alegría de Israel", el pueblo santo de Dios. "Tú, honra de nuestra nación, orgullo de nuestra humanidad..." (Jdt 15,9). Hundida en la materia, asfixiada por el naturalismo que nos aprisiona, respira con gozo en este día. Vislumbra en ti esperanza de Resurrección y Vida para un mundo muerto, carcomido por el egoísmo. Catara-tas de pureza y valentía generosa derramarás tú sobre unos hombres sedientos de felicidad. No saben dónde encontrarla, pues no aciertan a des-cubrir sólo en ti, el camino hacia Dios, "Vía Dei" (S. Agustín). Es el atajo único que nos acerca al Señor acallando nuestras nostalgias de amor.

La Virgen ha conquistado la meta

Cada átomo, cada rosa son expresión de un pensamiento preexistente desde toda la eternidad en la mente de Dios. Todas las cosas por debajo del hombre son la realización de un modelo. Un árbol es de verdad árbol por-que corresponde a la idea que Dios tiene de un árbol. Una flor es flor porque es la idea que Dios tiene de una flor, con su química sencilla y complicada, sus tintes y colores, fragancias y perfumes.

Con las personas, en cambio, no ocurre lo mismo. Dios tiene de nosotros dos imágenes. Lo que somos, lo que Él quería que fuésemos. El Señor posee el diseño y la realización, el plano y el edificio, la partitura musical y su ejecución. Nuestra debilidad e inconstancia nos impiden realizar con perfección el croquis, el plano, la partitura.

Una sola persona humana hay entre todas las creadas, María, de la que Dios posee una sola imagen, un solo pensamiento. En la Virgen reina una perfecta conformidad entre lo que Dios pensó que fuese y lo que es en realidad. Es su bendita y santísima Madre, la Inmaculada.

Nosotros nos quedamos debajo de la marca. No alcanzamos la estatura querida por Dios para nosotros, no colmarnos plenamente las esperanzas que el Padre del cielo concebía sobre cada uno. La Virgen sí que ha alcanzado plenamente la marca, ha conquistado la meta. ¡Salve, llena de gracia, bendita entre todas las mujeres...! Única, excepcional, fuera de serie, superclase... Tú sola, entre todas las personas, llenas las ambiciones divinas. Tú sola puedes cantar el salmo 29: "Te ensalzaré Señor, porque me has librado, y no has dejado que mis enemigos se rían de mí".

Siluetas luminosas y radiantes

La Virgen es de carne y hueso como nosotros. Plasma la idea que Dios se había forjado de Ella.

El boceto y la realidad coinciden. María es todo lo que fue previsto, imaginado y soñado. La melodía musical de su vida es la perfecta interpretación de la partitura original.

Al acariciar Dios en Su mente divina la creación del mundo contemplaba también su Redención en Jesucristo. Veía a Su Madre, pues sin Ella no se hubiese realizado el plan divino de la Encarnación. Las palabras del libro de los Proverbios aluden directamente a la Sabiduría increada, Jesucristo, fin y ejemplar de la creación. La tradición cristiana sin embargo, las aplica también en sentido figurado a María, asociada desde siempre al plan redentor. La silueta luminosa y radiante de la Virgen Inmaculada brillaba en la mente divina desde toda la eternidad.

"Quien me halla, alcanzará la Vida..."

"El Señor me estableció al principio de Sus tareas, al comienzo de Sus obras antiquísimas. En un tiempo remotísimo fui formada, antes de comenzar la tierra.

Antes de los abismos fui engendrada, antes de los manantiales de las aguas. Todavía no estaban aplomados los montes, antes de las montañas fui concebida".

"No había hecho aún la tierra y la hierba, ni los primeros terrones del orbe. Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo. Cuando trazaba la bóveda sobre la faz del abismo, ponía linde al mar y asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a Él, como aprendiz. Yo era Su encanto cotidiano. Todo el tiempo jugaba en Su presencia. Jugaba con la bola de la tierra y gozaba con los hijos de los hombres" (Prov 8,22-31).

Es la Inmaculada en los designios eternos de Dios. Cuadros deliciosos y encantadoras efigies en la historia del arte, nos iluminan a la Virgen. Cuando deslumbrados por sus grandezas, anonadados por su gloria, nos sentimos desfallecer, Ella continúa hablándonos con encantadora sencillez y cariño de Madre. Nos invita a acercarnos. "Ahora, hijos míos, escuchadme. Dichosos los que siguen mis caminos. Atended al consejo y sed sabios, no lo despreciéis. Feliz el hombre que me escucha, y vela a mi puerta cada día, y permanece asiduo en sus umbrales. Quien me halla alcanzará la Vida y goza el favor del Señor" (Prov 32-35).

"Purísima tenía que ser, Señor, la Virgen..."

¡Salve, Madre Inmaculada! Tus hijos te contemplan hoy con emoción. Celebran en intimidad hogareña la festividad más entrañable y más grande para la familia. ¡Salve, Madre Inmaculada! Te saludamos como li-rio teñido por la púrpura del Espíritu Santo. Creces entre espinas, pero embalsamas con perfumes el corazón de cuantos te alaban con alma pura y sincera.

Aclamamos dando gracias a Dios "porque te libró de toda mancha de pecado original". En "la plenitud de la gracia, eres digna Madre del Hijo de Dios. Comienzo e imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura".

En la Misa explayamos nuestra fe cantando. "Purísima tenía que ser, Señor, la Virgen que nos da el Cordero Inocente que quita el pecado del mundo. Purísima la que entre todos los hombres, es abogada de gracia y ejemplar de santidad" (Prefacio).

"Convenía que brillase con pureza sin igual..."

Una espléndida verdad de fe proclamamos en la Misa al afirmar que María fue redimida con antelación por los méritos del Sacrificio de Cristo. "¡Oh Dios! Preparaste por la Concepción Inmaculada de la Virgen María, una digna morada a Tu Hijo. En previsión de Su muerte la preservaste de todo pecado. Concédenos por su intercesión llegar a Ti limpios de nuestras culpas" (orac. col.).

S. Ambrosio apunta certero. "Aquella a quien Dios Padre debía dar Su Hijo Único, convenía que brillase con pureza sin igual, la mayor después de Dios. Y con una Belleza tan grande que es imposible imaginarla mayor".

"Templo brillante, no de oro..."

"Los sacramentos recibidos", pedimos con la liturgia al Señor Dios Nuestro, "cicatricen en nosotros las heridas del pecado original del cual preservaste de modo singular a la Inmaculada Virgen María" (orac. com.).

"¡Dios te salve María!" repitamos alborozados con S. Proclo, Patriarca de Constantinopla, que tanto destacó en la lucha contra Nestorio. "Augusto santuario de la impecabilidad, templo de Dios sacrosanto". "Sí, -agregamos con Juan Damasceno- eres templo santo todo brillante construido por Dios, no con oro, sino con la luz del Espíritu Santo".